

Vacas gordas o vacas flacas, pero siempre vacas con dueño

La crisis en los capitalismos de todas las generaciones

Ruby Elena Varón Galvis¹

Adrián Serna Dimas²

Un pasaje bíblico

José, vendido por sus pérfidos hermanos como vulgar mercancía, quedó en manos de los ismaelitas por 20 piezas de plata. José, revendido por los ismaelitas a Potifar, funcionario del faraón, fue a parar a Egipto. José, acosado por la ardorosa mujer de su amo, quedó expuesto a la extorsión y al chantaje. José, acusado por el cándido Potifar de mancillar a su mujer, fue

a parar derecho a la cárcel. José, si no fuera porque realmente era inocente en medio de tantas retrecheras vicisitudes, bien hubiera podido pasar por político colombiano en tiempos de referendo: vendido, revendido, acosado y acusado. Para colmo, a este José

1 Asistente académica del IPAZUD

2 Director del IPAZUD

vendido, revendido, acosado y acusado lo llamaron, cómo no, a interpretar los sueños del faraón. Dijo entonces el magnánimo gobernante que en sus somnolencias veía siete vacas tan robustas como un banquero y siete vacas tan flacas como un deudor hipotecario. José entonces sentó ponencia: el reino conocería siete años de una prosperidad solo equiparable a la de un inversionista extranjero en Colombia, pero luego, por arte de la hecatombe, también sabría de siete años de desolación inmisericorde como la de trabajador de salario mínimo. Supo entonces el faraón que habría de permanecer siete años más en el poder para mantener la confianza en esas vacas tan gordas como un ministro del interior y siete años más para acabar con la amenaza de las vacas terroristas.

De este pasaje bíblico, que algunos interpretan como parte del tránsito de una tribu a la condición de pueblo, pero que otros señalan como el principio de lo que sería luego un periodo de esclavitud que habría de durar generaciones, surgió esa forma tan coloquial de expresar el discurrir de las riquezas y las pobreza, de las propias y las extrañas, de las que comprometen a algunos y de las que comprometen a todos: vacas gordas y vacas flacas. Resulta paradójico que esta metáfora del comportamiento económico, surgida en medio de las formaciones sociales más antiguas, donde el hombre expuesto a los azares de la naturaleza imploraba deidades, auspiciaba sortilegios y convocaba augures como el nuestro, muy nuestro José, haya terminado prosperando como una metáfora corriente en medio del capitalismo en sus distintas generaciones, incluido el nuestro, muy nuestro, capitalismo periférico.

Pero las vacas tienen su sabiduría: en un orden económico siempre esotérico para el sentido común, tanto más esotérico en unas

Pero la crisis llega, a veces bajo la forma de debacle, llevándose consigo empleos, salarios, bienes, servicios, que tienen en el medio existencias enteras. Es entonces cuando esas vacas cíclicas adquieren pleno sentido, confiriéndole una razón de ser a un infortunio que parece hechicero.

latitudes como éstas, apelar al sueño de las vacas ha sido un medio para consignarle a la racionalidad meramente económica esas razones sociales de la que ella adolece. La economía ha desarrollado todo un repertorio de enfoques para dar cuenta de ese permanente sube y baja del capitalismo, de sus procesos de desaceleración, de recesión, de depresión, de reactivación y de aceleración, que son inherentes a la naturaleza del sistema mismo. No obstante, estos procesos pocas veces son comprensibles para el sentido común, para el recurrido ciudadano de a pie, obscurecidos por la complejidad de las propias técnicas económicas, cuando no enmascarados o blindados por los propios gobiernos que hasta pueden hacer pasar vacas por cerdos. Algo así como de los activos tóxicos a los cerdos intoxicados con gripa. Pero la crisis llega, a veces bajo la forma de debacle, llevándose consigo empleos, salarios, bienes, servicios, que tienen en el medio existencias enteras. Es entonces cuando esas vacas cíclicas adquieren pleno sentido, confiriéndole una razón de ser a un infortunio que parece hechicero.

Tanto más necesarias son estas vacas cíclicas en esas latitudes donde la crisis no sólo no pareciera una excepción de la economía sino que, más aún, pareciera un es-



tado permanente de la sociedad. De allí que en estas latitudes cuando se nombra una crisis económica, aún con sus rótulos más amenazantes, como el de depresión, pocos tienden a conmoverse, todo porque muchos parecieran sobrellevar alguna crisis antigua, quizás la misma que empezó hace setenta años y que requirió una guerra mundial para ser superada. No es casual por esto que nuestras crisis económicas afiancen o profundicen esa urdida red de servicios mágicos y brujeriles que efectivamente pueden asignarle significados a esos significantes muchas veces contradictorios para el sentido común: inflación, deflación, devaluación, revaluación, crecimiento negativo, déficit, superávit. Entonces, la crisis hunde sus razones en postizos, rezos, salamientos, velamientos, alumbramientos. Y no es cuestión sólo de clases populares: ellas son razones igualmente acudidas entre todas las clases, entre todos los sectores.

Las vacas flacas de nuestro tiempo

Lo que no advierte el relato de José, que pareciera más salado que la esposa de Lot, aquel santo expuesto a las veleidades de Sodoma y Gomorra, es qué pasa con los que no son dueños de vaca alguna. Esos que tal vez en siete años, o en setenta veces siete años, como diría en otro pasaje el texto sagrado, no han sido sino el pasto de engorde para las vacas ajenas, sean ellas gordas o flacas. Hoy, ante la nueva crisis financiera, se siente un temor por el futuro inmediato, tanto más en aquellos que pudieron cosechar algo en medio de nuestra excepcional bonanza, tanto menos en aquellos que nunca han conocido bonanza sino que encuentran que su crisis es estado permanente. La crisis se ve



excesivamente amplia, desbordante, decididamente técnica en sus causas y comportamientos.

En estos tiempos de vacas flacas las medidas de diferentes organismos multilaterales, pero sobre todo de los gobiernos, apuntan a resolver las incapacidades o las limitaciones de los mercados con más aporte desde los Estados. Las medidas estructurales, que suenan y resuenan cotidianamente, no obstante no alcanzan a contener los dramas más inmediatos de una crisis: las pérdidas de empleo, la incapacidad de pago de las deudas, la restricción del consumo, el quiebre de cientos de planes y proyectos. Difícilmente estos efectos de la crisis se perciben de inmediato: desde la inviabilidad de sostener el gasto mínimo de manutención, pasando por la limitación en el disfrute de diferentes derechos fundamentales como la salud y la educación, hasta la imposibilidad de cualquier trabajo, conducen a que la crisis no sea otra cosa que la encarnación de las penurias en existencias concretas.

A comienzos de los años treinta, en los días más pavorosos de la Gran Depresión, los diarios estadounidenses señalaban que la crisis abatía sin compasión al empleo, llevaba al colapso al sistema asistencial públi-





A veces nadie vio ni vaca ni nada. Esta es quizás la calamidad más terrible de un país acostumbrado a la crisis: la pérdida definitiva de cualquier pretexto solidario, la implantación de un régimen de depredación inmisericorde, la afirmación de todas nuestras formas infames de contención del descontento incluidas las sicarias y asesinas.

co, desmantelaba la tributación, sometía a la penuria a las familias y provocaba catástrofes en las existencias, como la delincuencia, el alcoholismo, el trastorno mental y el suicidio. Para algunos, la Gran Depresión, con su profusión de dramas, con la exacerbación de la depredación, no obstante fue creando una suerte de solidaridad social, una especie de sentimiento colectivo sobre el otro pero, ante todo, sobre el destino de la nación, todo lo cual fue eficientemente explotado por Roosevelt en especial en la guerra. ¿Qué de todo esto nos corresponde? En estas economías pobres, atravesadas por la inequidad, generadoras de exclusión, nuestro José le hubiera dicho al faraón que vendrían siete años de vacas gordas, que vendrían siete años de vacas flacas pero que, al final, ni se preocupara: en últimas él era dueño de siete vacas. Y que si la vaca se ponía muy flaca, no se preocupara, que para eso habría un cuatro por mil o un Fogafin que sería luego requisito para ser presidente de un Fedegan. Es decir, para liderar todo el hato nacional.

En este panorama de crisis, que para algunos no es otro que el de una crisis estable,

se perciben diversos sentires: desolación, incertidumbre, aburrimiento, desilusión y desapego hacia el futuro. La tecnicidad de los debates impide identificar en qué momento se estuvo en bonanza, que no todos sienten, ni en qué momento se está en crisis, que la sienten todos. De las vacas nadie vio su gordura; quizás su flaqueza. A veces nadie vio ni vaca ni nada. Esta es quizás la calamidad más terrible de un país acostumbrado a la crisis: la pérdida definitiva de cualquier pretexto solidario, la implantación de un régimen de depredación inmisericorde, la afirmación de todas nuestras formas infames de contención del descontento incluidas las sicarias y asesinas. Es más, mientras en medio de las bonanzas los héroes son los empresarios, en medio de las crisis los culpables somos todos: por no educarnos, por educarnos en áreas que no sirven, por comprar, por endeudarnos, por no invertir o por invertir mucho. Si algo tienen nuestras crisis es que afianzan la atomización de la sociedad, el canibalismo de las especies nacionales, la afirmación de un discurso moral sobre el poder del más apto y la recurrida necesidad de la violencia.



Percepciones de la crisis de nuestros días

Habla un profesor:

Yo soy un empleado público, tengo la posibilidad de una pensión y en términos socioeconómicos no es mucho el temblor que se siente. Pero en términos a futuro, inmediato, está la generación de maestro nuevos los cuales no cuentan con los mismos derechos, que algunos le llaman privilegios, con los que contamos nosotros o con los que cuenta una generación casi que paralela a la nuestra. Yo tengo 55 años, 10 años en el magisterio oficial; mi esposa tiene más o menos mi misma edad, se pensiona ahora dentro de medio año y sale con su pensión de gracia y está pendiente de su pensión definitiva para salir a disfrutar de luego de 35 años de trabajo. Esos quinquenios que le pagaban a esta generación, ya no nos los dan a nosotros. Esa prima de cada cinco años, la prima que llaman Samper, tampoco, esa prima técnica de mitad de año solamente la recibimos un grupo de maestros y ahí prendiéndole velas a un santo, a un presidente, si, porque falló la ley en que aprobó esa prima técnica como un derecho legítimo que tiene desde el deber más sencillo de mano de obra hasta el más calificado, como los trabajadores intelectuales y así como unas serie de prebendas se han venido perdiendo por todos los movimientos, no solamente económicos sino políticos e ideológicos que están monitoreando nuestra sociedad que está siendo depredada por sus propios parámetros. Los paradigmas de la posmodernidad etcétera, en lo ético, en lo moral en lo espiritual han incidido de tal manera en los comportamientos humanos que las esferas estatales, en el poder, de la milicia y de la economía también están siendo

craqueadas y carcomidos por la sociedad que ellos pretendían gobernar.

La familia misma que como decíamos es el centro de la sociedad [es la más afectada en medio de una crisis económica]. Cuando un niño tiene hambre el papá no le puede decir espérese, aguántese o cállese. Cuando hay crisis económica en las familias y el papá se tiene que volver mamá o la mamá tiene que salir a competir en la sociedad o algunas veces, generalmente quizás, sin los elementos, sin ser mano de obra calificada o sin tener la capacidad de competir suficientemente, tiene que salir a regalar su mano de obra que es lo que el capitalismo compra. Porque uno no vende el trabajo, sino la fuerza de trabajo, entonces todo este desgaste influye en lo emocional, en lo afectivo, en lo lúdico, en lo estético, en lo espiritual de las familias, en las relaciones, las comunicaciones se quebrantan, viene la quejanza, todo el mundo comienza hablar de la miseria, de la pobreza, y si miran hacia fuera ven guerra y ven hampa en el congreso y ven un sistema que se quiere autoreciclar de una manera ilegítima. Y vemos lo negativo porque estamos plantados en lo negativo y la posibilidad de soñar, de ser, de avanzar pues es cada vez menor porque el imaginario popular no permite encañar sueños grandes, que ya no deben ser colectivos.

Habla un empresario:

Bueno, afortunadamente para [nuestra empresa] no ha sido muy dura porque es una empresa que presta servicios integrales de publicidad, es decir, que no sólo se dedica a un solo servicio sino a varios servicios es decir, impresos gráficos, el diseño, el material POP, el material publicitario, eventos, entonces cuando tú tienes una empresa que solo





se dedica a una cosa, de pronto se siente más la crisis. El pool de clientes que tenemos nosotros son grandes. Te voy a comentar El Espectador, Shampoo Anua, Gráfica, Primacor, Cromos entre otros, ellos como son empresas grandes de venta, de consumo masivo, siempre están buscando llegar a sus clientes, ellos siempre están necesitando publicidad, entonces no han sentido mucho la crisis porque manejan varios frentes, entonces si las empresas no necesitan un cierto producto necesitan un servicio y se lo prestamos nosotros.

De pronto la preocupación, pues es decir la preocupación que puede sentir la gente en cuanto al trabajo, porque ellos piensan que sí existe una crisis son los empleados a los primeros que tocan porque cuando no hay ingreso de dinero a una empresa hay que bajar costos, entonces la gente piensa que bajar costo es sinónimo de despedir gente, y yo pienso que sería al contrario, no. Ellos piensan que si el trabajo baja pues los van a despedir.

Yo en verdad no he sentido la crisis como se ha visto pues en los medios, no la he visto como tan grave, como uno ve en las noticias que ha sido en otros países, pero es el temor, aunque ya está pasando, pero hubo un gran

temor en los empresarios colombianos y eso llevó a que las empresas dejaran de invertir en muchas cosas. Otra cosa que es para las empresas un sinónimo de crisis es que dejan de invertir en publicidad. Además te cuento: a pesar que no sentí la crisis nuestras ventas bajaron respecto al año inmediatamente anterior, pero no fue malo, pero sí bajaron y pues yo le echo la culpa a la crisis porque de todas maneras pues las empresas querían resguardar su colchón financiero y dejaban de invertir porque cierta partida que tenían la reducían en cierto porcentajes a la publicidad.

Mi opinión personal es que se puede hablar de crisis económica es cuando las empresas deben buscar estrategias en el cual se amplíe los servicios, por ejemplo si tu vendes zapatos y han bajado las ventas debes buscar un servicio que se complemente con tus zapatos es decir que presten un servicio adicional o abres otro canal de ventas. La crisis proporciona alternativas para diversificar, lo que hay que hacer es atrapar al consumidor. Cuando el país esta boyante la gente se tranquiliza y casi no invierte en traer clientes pero cuando el país está en crisis es cuando más tiene que buscar las estrategias para atraer a los clientes y mejorar tus servicios.

✕